

Fonda Lee

Ciudad de Jade

Saga de los huesos verdes: libro 1

Traducción de
Antonio Rivas

Corrección de estilo a cargo de
Natalia Cervera



Título original: *Jade City*

This edition published by arrangement with Orbit,
New York, New York, USA. All rights reserved.

Primera edición: noviembre de 2019

© Fonda Lee, 2017

© de esta edición, Insólita Editorial S.L., 2019

Ilustración de cubierta: © Fran Mariscal Mancilla, 2019

Fotografía de la autora: © Elena Rose Photography

Mapas de Tim Paul Illustration

Maquetación: Insólita Editorial

Corrección de estilo: Natalia Cervera

Revisión de galeradas: Antonio Torrubia

Publicado por Insólita Editorial S.L.

www.insolitaeditorial.com

IBIC: FM

ISBN: 978-84-121043-0-1

Depósito legal: B 24156-2019

Impreso en la UE - Printed in EU

Se prohíbe la reproducción de cualquier parte de esta publicación, así como su almacenaje o transmisión por cualquier medio, sin permiso previo de la editorial.

A mi hermano.

Capítulo 1

El Dos Fortunas

Los dos aspirantes a ladrones de jade sudaban en la cocina del restaurante Dos Fortunas. Las ventanas del comedor estaban abiertas, y la tarde había caído acompañada de una brisa marina que refrescaba a los clientes, pero en la cocina solo había dos ventiladores de techo que llevaban todo el día girando con muy poco efecto. Apenas acababa de empezar el verano y la atmósfera de la ciudad de Yanlún ya era cargante y olorosa como un amante agotado.

Bero y Sampa tenían dieciséis años y, después de planearlo durante tres semanas, habían decidido que su vida cambiaría aquella noche. Bero llevaba unos pantalones oscuros y una camisa blanca de camarero que se le pegaba incómodamente a la espalda. Tenía el rostro cetrino, tenso, y los labios agrietados. Concentrado en sus pensamientos, llevó al fregadero la bandeja cargada de vasos sucios, la dejó, se secó las manos con un trapo y se inclinó hacia su compinche, que estaba enjuagando la vajilla con la manguera rociadora y colocándola en los escurreratos.

—Ahora está solo —dijo Bero en voz baja.

Sampa levantó la mirada. Era un adolescente abukei; piel cobriza, pelo espeso y mejillas algo regordetas que le daban aire de querubín. Parpadeó rápidamente y volvió la atención al fregadero.

—Acabo el turno en cinco minutos.

—Tenemos que hacerlo ahora, keke —dijo Bero—. Dámelo.

Sampa se secó una mano en la pechera de la camisa, se sacó un sobrecito del bolsillo y lo depositó con rapidez en la palma de Bero. Este ocultó la mano tras el delantal, cogió la bandeja vacía y salió de la cocina.

En la barra pidió al camarero un ron con chile y lima con hielo: la bebida favorita de Shon Judonrhu. Salió con él y después, de espaldas al comedor, dejó la bandeja y se inclinó sobre una mesa desocupada, junto a la pared. Mientras fingía limpiarla con un trapo, vació el contenido del sobre en el vaso. El polvo burbujeó y se disolvió rápidamente en el líquido ambarino.

Se irguió y se dirigió a la mesa de la esquina de la barra. Shon Ju estaba sentado a solas, inmóvil, con el corpachón empotrado en una sillita. Un rato antes estaba en compañía de Maik Kehn, pero, para alivio de Bero, este se había ido con su hermano a otra mesa del otro extremo de la sala. Bero puso el vaso delante de Shon.

—Cortesía de la casa, Shon-jen.

Shon cogió el vaso y asintió distraídamente sin alzar la vista. Era un asiduo del Dos Fortunas y bebía como un cosaco. Las luces del comedor le teñían de rosa la calva de la coronilla. Sin que pudiera resistirlo, la mirada de Bero se vio arrastrada más abajo, hasta los tres pendientes verdes de la oreja izquierda.

Bero se marchó antes de que lo pillasen mirando. Era ridículo que aquel borracho corpulento y avejentado fuera un huesos verdes. Ciertamente era que Shon cargaba con muy poco jade; pero resultaba tan poco impresionante que más tarde o más temprano se lo quitarían, quizá a la vez que la vida. «¿Y por qué no yo?», pensó. Por qué no, desde luego. Quizá no fuera más que el bastardo de un obrero del puerto, que nunca recibiría formación marcial en la escuela del templo Wie Lon ni en la academia Kaul Dushuron, pero al menos era un kekonés de pura cepa. Le sobaban redaños y audacia; tenía lo que hacía falta para ser alguien. El jade podía convertirlo en alguien.

Pasó frente a los hermanos Maik, sentados en una mesa fija con otro joven, y refrenó un poco el paso, lo justo para verlos mejor. Maik Kehn y Maik Tar; esos sí que eran auténticos huesos verdes. Tipos nervudos, con los dedos cargados de anillos de jade y cu-

chillos garra de combate al cinto, con la empuñadura incrustada de jade. Iban bien vestidos: camisa oscura con cuello, chaqueta de cuero a medida, zapatos negros relucientes y gorra de visera. Los Maik eran miembros famosos del clan Sin Cumbre, que controlaba la mayoría de los barrios de aquella parte de la ciudad. Uno de ellos miró hacia Bero.

El joven giró con rapidez y se puso a recoger platos. Lo último que quería era que los hermanos Maik se fijasen en él aquella noche. Resistió el impulso de bajar la mano y acomodarse la pistola de pequeño calibre que llevaba en el bolsillo del pantalón, oculta por el delantal. Paciencia. Después de aquel turno ya no tendría que volver a ponerse el uniforme de camarero. Ya no tendría que volver a servir a nadie.

Cuando regresó a la cocina, Sampa había terminado y estaba fichando la salida. Miró interrogativamente a Bero, que asintió: estaba hecho. Los dientes superiores de Sampa, pequeños y blancos, quedaron a la vista cuando se mordió el labio inferior.

—¿De verdad crees que lo conseguiremos? —dijo en voz baja.

Bero acercó la cara a la del otro joven.

—Tranquilo, keke —siseó—. La cosa está en marcha; ya no podemos echarnos atrás. ¡Tienes que cumplir tu parte!

—Lo sé, keke, lo sé. Y la cumpliré. —Sampa dirigió a su compañero una mirada dolida y apesadumbrada.

—Piensa en el dinero —dijo Bero, y lo empujó con suavidad—. Ponte en marcha.

Sampa echó una última ojeada nerviosa hacia atrás y atravesó la puerta de la cocina. Bero se quedó mirándola, deseando por centésima vez no necesitar a un socio tan pasmado e insulso. Pero no había forma de evitarlo: solo un abukei nativo de pura sangre, inmune al jade, podía coger una joya con la mano y salir de un restaurante abarrotado sin hacerse notar.

Le había costado trabajo convencer a Sampa. Como muchos miembros de su tribu, el muchacho probaba suerte en el río y pasaba los fines de semana sumergiéndose en busca de restos de jade arrastrados por la corriente desde las lejanas minas. Era peligroso: cuando las lluvias lo alimentaban, el torrente se llevaba

por delante a un buen montón de nadadores desafortunados, e incluso si uno tenía suerte y encontraba jade (Sampa presumía de haber encontrado una vez una pieza del tamaño de un puño), lo podían detener. Acababa en la cárcel si tenía suerte, y en el hospital si no.

Así no llegaría a ningún sitio, había insistido Bero. ¿Por qué pescar jade en bruto solo para vendérselo a un intermediario del mercado negro que lo tallaría y lo sacaría de contrabando de la isla, y que solo pagaría una parte minúscula del precio por el que lo vendería más tarde? A un par de tipos listos y audaces como ellos podía irles mucho mejor. «Si te la vas a jugar por el jade —decía Bero—, apuesta a lo grande». Lo que daba dinero de verdad eran las piezas ya trabajadas, talladas y montadas.

Bero volvió al comedor y se dedicó a limpiar y colocar mesas; de vez en cuando echaba una ojeada al reloj. Se podría deshacer de Sampa más adelante, cuando tuviera lo que necesitaba.

—Shon Ju dice que ha habido problemas en el Sobaco —dijo Maik Kehn, que se había inclinado para hablar discretamente cubierto por el ruido ambiental—. Un grupo de chicos está sacando dinero a los comerciantes.

Su hermano menor, Maik Tar, alargó el brazo sobre la mesa y hundió los palillos en un plato de bolas de calamar crujientes.

—¿De qué clase de chicos hablamos?

—De dedos de bajo nivel. Matones jóvenes con uno o dos trozos de jade.

El tercer hombre sentado a la mesa mostraba un ceño pensativo poco habitual en él.

—Hasta los dedos más insignificantes son soldados de clanes. Siguen las órdenes de los puños, y los puños, las del cuerno. —El distrito del Sobaco siempre había sido un territorio en disputa, pero amenazar directamente a establecimientos afiliados al clan Sin Cumbre era una jugada demasiado atrevida para que fuera obra de unos pandilleros descuidados—. Huele a que alguien nos está provocando.

Los Maik lo miraron, y luego se miraron entre sí.

—¿Qué ocurre, Hilo-jen? —preguntó Kehn—. Pareces inquieto esta noche.

—¿Sí? —Kaul Hiloshudon se recostó en el respaldo, hizo girar el vaso de cerveza que se calentaba con rapidez y limpió distraídamente la condensación—. Será por el calor.

Kehn hizo un gesto a un camarero para que volviera a llenar los vasos. El adolescente paliducho mantuvo la mirada baja mientras los atendía. Echó un vistazo rápido a Hilo, pero no pareció caer en que era él; pocos de los que no conocían en persona a Kaul Hiloshudon esperaban que tuviera un aspecto tan joven. El cuerno del clan Sin Cumbre, cuya autoridad solo superaba su hermano mayor, solía pasar desapercibido en público. Era algo que a veces irritaba a Hilo; otras veces le resultaba útil.

—Hay otra cosa rara —dijo Kehn cuando se marchó el camarero—. Nadie ha visto a Gee Tres Dedos ni ha tenido noticias de él.

—¿Cómo es posible perder la pista a Gee Tres Dedos? —preguntó Tar. El tallista de jade del mercado negro era tan reconocible por la barriga como por la mutilación.

—Igual ha dejado el negocio.

Tar soltó una risilla burlona.

—Solo hay una manera de dejar el negocio del jade.

Una voz habló cerca de la oreja de Hilo:

—Kaul-jen, ¿cómo está usted esta noche? ¿Todo está a su satisfacción?

El señor Une había aparecido al lado de la mesa y sonreía con la ansiedad servil que siempre les reservaba.

—Todo excelente, como siempre —dijo Hilo, que había adoptado la relajada sonrisa de medio lado tan habitual en él.

El propietario del Dos Fortunas entrecrocó las manos, marcadas con cicatrices de la cocina; asintió y sonrió mientras daba las gracias humildemente. El señor Une era un sesentón calvo y regordete, de la tercera generación de una familia dedicada al restaurante. Su abuelo había fundado aquel venerable establecimiento, y su padre lo había mantenido en pie durante la guerra y la posguerra. Al igual que sus predecesores, el señor Une era un linterna leal al

clan Sin Cumbre y acudía en persona a presentar sus respetos cada vez que Hilo ponía el pie en el local.

—Por favor, hágame saber si puedo ofrecerle cualquier otra cosa —insistió.

Cuando un señor Une adecuadamente tranquilizado se marchó, Hilo volvió a ponerse serio.

—Preguntad por ahí. Averiguad qué ha pasado con Gee.

—¿Qué más te da? —preguntó Kehn; no con impertinencia, sino con curiosidad—. Que le den. Un tallista menos para entregar nuestro jade a debiluchos y extranjeros.

—Me preocupa un poco, nada más. —Hilo se irguió y cogió la última bola de calamar crujiente—. Que los perros empiecen a desaparecer de las calles es mala señal.

Bero empezaba a tener los nervios de punta. Shon Ju casi se había terminado la bebida drogada. En teoría, los polvos eran inodoros e insípidos, pero ¿y si Shon, con los sentidos intensificados de un huesos verdes, podía detectarlos de algún modo? ¿O si no funcionaban como debían y Shon Ju se marchaba y se llevaba el jade fuera del alcance de Bero? ¿Y si Sampa se acobardaba al final? Le tembló la mano mientras dejaba una cucharilla en la mesa. «Tranquilo, tío. Pórtate como un hombre».

El tocadiscos de la esquina empezó a hacer sonar una melodía operística lenta y romántica, apenas audible bajo la charla incesante de los comensales. El humo de los cigarrillos y el aroma especiado de los platos flotaba con languidez sobre los manteles rojos.

Shon Ju se levantó de repente, corrió dando tumbos hacia la parte trasera del restaurante y empujó la puerta del servicio de caballeros.

Bero contó mentalmente hasta diez, dejó la bandeja y fue tras él con aire despreocupado. Al entrar en el servicio metió la mano en el bolsillo y la cerró en torno a la empuñadura de la pequeña pistola. Cerró la puerta, corrió el pestillo y apoyó la espalda contra la pared.

De un cubículo salía el sonido de alguien que devolvía sin cesar, y Bero sintió arcadas al notar el olor nauseabundo del vómito

empapado de alcohol. Sonó la cadena de la cisterna y cesó el ruido. Entonces se oyó un golpe apagado, algo pesado que caía en el suelo de baldosas, y lo siguió un silencio enfermizo. Bero avanzó unos pasos. Los latidos del corazón le tronaban en los oídos. Alzó la pistola a la altura del pecho.

La puerta del cubículo estaba abierta. La mole de Shon Ju yacía en el interior, con las extremidades desparramadas. El pecho ascendía y descendía al compás de unos ronquidos suaves. De la comisura de los labios manaba un hilillo de baba.

Unas zapatillas de lona mugrientas se movieron en el cubículo más alejado, y Sampa asomó la cabeza por la esquina tras la que había estado esperando. Puso los ojos como platos al ver la pistola, pero fue junto a Bero y los dos se quedaron mirando al hombre inconsciente.

«Hay que joderse, ha funcionado».

—¿A qué esperas? —Bero señaló a Shon con la pistola—. ¡Ven-ga! ¡Cógelo!

Sampa se escurrió con vacilación por la puerta entreabierta del cubículo. Shon Ju tenía la cabeza inclinada hacia la izquierda, con la oreja de los pendientes de jade atrapada contra la pared. Con la expresión de quien va a tocar una línea de alta tensión, el muchacho puso una mano a cada lado de la cabeza de Shon. Se detuvo un momento, pero el hombre no se movió. Sampa hizo girar la cara mofletuda hacia el otro lado, sujetó con dedos temblorosos el primer pendiente de jade y soltó el cierre.

—Ponlo aquí. —Bero le dio el sobrecito vacío. Sampa echó adentro el pendiente de jade y empezó a quitar el siguiente. Los ojos de Bero saltaban entre el jade, Shon Ju, la pistola, Sampa y de nuevo el jade. Se acercó un paso y puso el cañón de la pistola a pocos centímetros de la sien del hombre caído. Parecía preocupantemente pequeña e inútil; el arma de una persona vulgar. Daba igual. Shon Ju no podría ejecutar Acero ni Desviar nada en su estado. Sampa recogería el jade y saldría por la puerta trasera sin que nadie se enterase; Bero terminaría el turno y después se reuniría con él. Nadie se ocuparía del viejo Shon Ju durante horas; no era la primera vez que un borracho se quedaba inconsciente en los aseos.

—Date prisa —dijo Bero.

Sampa había retirado dos pendientes de jade y se afanaba con el tercero. Hundió los dedos en el pliegue de la oreja carnosa.

—No puedo quitárselo.

—¡Arráncalo! ¡Arráncalo y ya está!

Sampa dio un tirón al pendiente testarudo, que se desprendió de la carne que había crecido a su alrededor. Shon Ju tuvo un espasmo. Abrió los ojos.

—Oh, mierda —dijo Sampa.

Shon Ju lanzó un aullido inmenso, sacudió los brazos sobre la cabeza y golpeó hacia arriba el arma de Bero justo cuando el muchacho apretaba el gatillo. El disparo fue ensordecedor, pero el tiro salió desviado y la bala se hundió en la escayola del techo.

Sampa se revolvió para salir y casi tropezó con Shon mientras intentaba llegar a la puerta del cubículo. Shon se agarró a la pierna del muchacho. En los ojos inyectados en sangre brillaban la confusión y la rabia. Sampa se tambaleó hacia delante y extendió los brazos para protegerse de la caída; el sobre se le escapó de la mano y corrió por el suelo embaldosado, pasando entre las piernas de Bero.

—¡Ladrones! —Los labios tensos de Shon Ju formaron la palabra, pero Bero no la oyó. El disparo aún le resonaba en la cabeza, y todo ocurría como en el interior de una cámara de silencio. Contempló como el huesos verdes, con el rostro enrojecido, tiraba del aterrizado muchacho abukei como un demonio surgido del infierno.

Bero se inclinó, cogió el sobre arrugado y corrió hacia la puerta.

Había olvidado el pestillo. Durante unos instantes tiró y empujó, preso de un pánico irracional, antes de descorrerlo y salir como una flecha. Los comensales habían oído el disparo y docenas de rostros asombrados se volvieron hacia él. Bero conservó la serenidad suficiente para meterse la pistola en el bolsillo y señalar con el dedo la puerta del servicio.

—¡Hay un ladrón de jade! —gritó.

Luego echó a correr por el comedor esquivando las mesas. Las dos joyas de jade perforaron el papel y entraron en contacto con la

palma de la mano izquierda, fuertemente cerrada en un puño. La gente se apresuró a apartarse de él. Las caras quedaron atrás como manchas borrosas. Bero tropezó con una silla, cayó, se levantó de nuevo y siguió corriendo.

Le ardía la cara. Una ola de calor y energía, distinta de cualquier cosa que hubiera sentido antes, le traspasó el cuerpo como una corriente eléctrica. Llegó a la ancha escalera curvada que llevaba a la segunda planta, donde los comensales se estaban levantando y miraban por la balconada para ver a qué se debía el escándalo. Bero subió la escalera a toda velocidad, recorriéndola entera en pocos saltos; sus pies apenas tocaban el suelo. Un murmullo ahogado circuló entre los presentes. La sorpresa de Bero se transformó en éxtasis. Echó la cabeza atrás y soltó una carcajada. Aquello debía de ser la técnica de la Ligereza.

Era como si le hubieran quitado un velo de los ojos y los oídos. El arrastrar de las patas de las sillas, el golpe de un plato, el sabor del aire en la lengua... Todo se había agudizado. Alguien intentó sujetarlo, pero era tan lento, y Bero, tan veloz... Lo esquivó con facilidad y saltó por encima de una mesa, tirando los platos y provocando gritos. Ante él había una puerta corredera que daba al patio con vistas al puerto. Sin pensar, sin detenerse, cargó contra la barrera como un toro a la embestida. La celosía de madera se quebró, y Bero pasó por el agujero del tamaño de su cuerpo lanzando un grito exultante. No sentía dolor en absoluto, solo una invulnerabilidad feroz.

Aquel era el poder del jade.

El aire nocturno lo golpeó y le cosquilleó la piel. Más abajo, el agua reluciente lo llamaba de forma irresistible. Por las venas de Bero parecían correr oleadas de un calor delicioso. El mar parecía tan frío, tan refrescante... La sensación sería maravillosa. Corrió hacia la verja del patio.

Unas manos le agarraron los hombros y lo detuvieron en seco. Bero rebotó hacia atrás como si hubiera tensado al máximo una cadena. Dio media vuelta y se encontró frente a Maik Tar.

Capítulo 2

El cuerno del clan Sin Cumbre

El sonido apagado del disparo llegó al otro extremo del comedor. Al cabo de un par de segundos, Hilo sintió en la mente el grito repentino de un aura de jade descontrolada, chirriante como un tenedor arrastrado por un cristal. Kehn y Tar giraron en el asiento a la vez que el camarero adolescente salía del servicio y echaba a correr hacia la escalera.

—Tar —dijo Hilo.

Pero no hacía falta; los dos Maik ya estaban en movimiento. Kehn se dirigió al servicio; Tar llegó de un salto a lo alto de la escalera, atrapó al ladrón en el patio y lo lanzó con violencia al interior del local, a través de la celosía rota. Un resuello colectivo y varios gritos se alzaron entre los comensales cuando el muchacho reapareció volando, golpeó el suelo y resbaló hasta el principio de la escalera.

Tar entró tras él, inclinándose para pasar por la puerta destrozada. Antes de que el muchacho pudiera ponerse en pie, Tar le sujetó la cabeza con la mano y se la pegó al suelo. El ladrón se sacó del bolsillo un arma, una pistola pequeña, pero Tar se la arrancó de la mano y la arrojó por la puerta del patio; la pistola voló y cayó en las aguas del puerto. El muchacho dejó escapar un grito ahogado cuando el huesos verdes le inmovilizó el antebrazo con la rodilla y le arrancó el sobre del puño. Todo ocurrió tan deprisa que la mayoría de los presentes no lo vio.

Tar se levantó. El muchacho tendido a sus pies se retorció y gimio cuando la energía rechinante del jade le abandonó el cuerpo con brusquedad; a la vez desapareció el zumbido irritado del interior del cráneo de Hilo. El Maik más joven agarró por la espalda la camisa de camarero, lo puso en pie de un tirón y lo obligó a bajar la escalera hasta el salón principal. Los comensales que, alterados, habían abandonado sus mesas, se apartaron en silencio, abriéndole paso. Kehn salió del servicio tirando del brazo de un muchacho abukei gimoteante. Lo puso de rodillas y Tar llevó a su lado al ladrón.

Shon Judonrhu avanzó tambaleándose detrás de Kahn, apoyándose en los respaldos de las sillas. No parecía tener muy claro dónde se encontraba ni cómo había llegado ahí, pero conservaba la lucidez suficiente para estar furioso. Los ojos parecían saltarle del cráneo; tenía la mirada desenfocada y se apretaba la oreja con la mano.

—Ladrones —balbuceó. Se introdujo la mano bajo la chaqueta y empuñó el cuchillo garra que guardaba en la sobaquera—. Los voy a destripar.

El señor Une apareció corriendo, agitando los brazos en protesta.

—Shon-jen, se lo ruego, por favor, ¡en el comedor no! —Tendió ante sí las manos temblorosas, la cara regordeta pálida por la incredulidad. Ya era bastante horrible que hubieran avergonzado al Dos Fortunas, que la cocina del restaurante hubiera albergado a ladrones de jade, pero si mataban a los dos muchachos justo al lado de la mesa de los postres... Ningún negocio podría sobrevivir a semejante baldón de mala suerte. El propietario del restaurante dirigió una mirada temerosa al arma de Shon Ju, y luego a los hermanos Maik y a los comensales paralizados que los rodeaban sin perder detalle—. Es un ultraje espantoso, pero, caballeros, ¡por favor!...

—¡Señor Une! —Hilo se levantó de la mesa—. No sabía que hubiera contratado espectáculos en vivo.

Todas las miradas se volvieron hacia Hilo mientras cruzaba el salón. Sintió que un remolino de entendimiento se extendía por el

grupo de comensales. Los más cercanos se dieron cuenta de una cosa que Bero, en su breve ojeada anterior, no había visto: bajo la americana gris y los dos botones desabrochados de la camisa azul celeste de Kaul Hilo había una larga línea de gemas de jade incrustadas en la piel que cubría la clavícula, como un collar fundido con la carne.

El señor Une se le acercó corriendo y caminó junto a él agitando las manos.

—Kaul-jen, me siento infinitamente avergonzado por que hayan perturbado su velada. No sé cómo ese par de mierdecillas rateras indignas han podido arrastrarse hasta mi cocina. ¿Hay algo que pueda hacer para compensarlo? Lo que sea. Toda la comida y bebida que desee, por supuesto...

—Son cosas que pasan. —Hilo le dirigió una sonrisa afable, pero el dueño del restaurante no se tranquilizó; si acaso pareció aún más nervioso mientras asentía y se secaba el sudor de la frente. Hilo se dirigió a Shon Ju—: Guarda el cuchillo garra, tío Ju. El señor Une ya tiene bastante que limpiar sin que añadamos manchas de sangre en la moqueta. Y estoy seguro de que toda esta gente que ha pagado por una buena cena no quiere que le echen a perder el apetito.

Shon Ju vaciló. Hilo lo había llamado «tío», mostrándole respeto a pesar de la humillación pública evidente. Pero, aparentemente, aquello no fue suficiente para ablandarlo. Apuntó con el cuchillo a Bero y Sampa.

—¡Son ladrones de jade! ¡Tengo derecho a cobrarme sus vidas y nadie puede decirme lo contrario!

Hilo tendió la mano hacia Tar, quien le entregó el sobre, y se volcó las dos gemas en la palma de la mano. Kehn le dio el tercer pendiente. Hilo amasó pensativamente las tres joyas y miró a Shon con los ojos entrecerrados y expresión de reproche.

La ira desapareció de la cara de Shon Ju, sustituida por la inquietud. Miro el jade que le pertenecía y que estaba en la mano de otro hombre; su poder corría a través de Kaul Hilo y no de él. Se quedó inmóvil. Nadie más habló; el silencio se había vuelto ominoso de repente.

Shon se aclaró la garganta.

—Kaul-jen, mis palabras no pretendían en modo alguno faltar al respeto a su posición como cuerno. —Aquella vez habló con la deferencia que habría mostrado a un hombre mayor que él—. Obedeceré el criterio del clan en cualquier asunto relacionado con la justicia, por supuesto.

Hilo sonrió, cogió la mano de Shon y depositó en ella las tres joyas; luego le cerró los dedos con delicadeza, envolviéndolas.

—No ha pasado nada grave. Me gusta que Kehn y Tar tengan motivos para mantenerse alerta. —Guiñó un ojo a los hermanos como si compartieran una broma infantil. Pero cuando volvió a mirar a Shon Ju, su expresión estaba desprovista de humor—. Quizá, tío Ju, haya llegado el momento de beber un poco menos y vigilar el jade un poco más.

Shon Ju cerró el puño con fuerza en torno a las joyas devueltas y se lo llevó al pecho con un espasmo de alivio. El grueso cuello se le puso rojo por la vergüenza, pero no dijo nada más. Aunque estuviera confuso y medio drogado, no era estúpido; comprendía que le habían dado un aviso, y después del lamentable descuido de aquella noche, si seguía siendo un huesos verdes era solo porque Kaul Hilo había decidido que así fuera. Retrocedió inclinándose servilmente.

Hilo giró y sacudió los brazos hacia la multitud hipnotizada.

—Se acabó el espectáculo, gente. La función de hoy es gratis. ¡Pidamos un poco más de la deliciosa comida del señor Une y otra ronda de bebidas!

Un rumor de risas nerviosas recorrió el comedor mientras la gente obedecía y volvía a sus platos y sus acompañantes, aunque todos siguieron echando miradas furtivas a Kaul Hilo, a los Maik y a los dos adolescentes arrodillados. No era habitual que los ciudadanos corrientes sin jade pudieran presenciar una exhibición tan espectacular de las habilidades de los huesos verdes. Volverían a casa y les contarían a sus amigos lo que habían visto: cómo el ladrón se había movido más deprisa que cualquier humano normal y había atravesado una puerta de madera, lo mucho más rápidos y fuertes que habían sido en comparación los hermanos Maik y cómo habían rendido pleitesía al joven cuerno.

Kehn y Tar pusieron en pie a los ladrones y los sacaron del local.

Hilo fue tras ellos, con el señor Une apurándose a su lado y tartamudeando en voz casi inaudible.

—Le ruego de nuevo que me perdone. Selecciono cuidadosamente a todo el personal; no tenía ni idea...

Hilo le puso una mano en el hombro.

—No es culpa tuya; no siempre se puede saber si alguien contraerá la fiebre del jade y se torcerá. Nos ocuparemos del asunto fuera.

El señor Une asintió enérgicamente, con alivio. Tenía la expresión de alguien a quien casi atropella un autobús y ve que el vehículo lo esquiva de un volantazo a la vez que le cae a los pies una maleta llena de dinero. Si Hilo y los Maik no hubieran estado allí, habría tenido entre manos a dos muchachos muertos y a un huesos verdes cabreado y borracho, pero con el apoyo público del cuerno, el Dos Fortunas se había librado de una mancha desastrosa y había ganado respeto. Correría la voz sobre lo que había pasado y, durante algún tiempo, el restaurante estaría lleno gracias a la publicidad.

Pensar en aquello hizo que Hilo se sintiera mejor. El Dos Fortunas no era el único negocio del barrio afiliado a Sin Cumbre, pero era uno de los más grandes y lucrativos, y el clan necesitaba el dinero de los tributos. Y lo que era más importante: Sin Cumbre no podía permitirse el desprestigio que conllevaría que el local fracasara o se traspasara. Si un linterna leal como el señor Une perdía el negocio o la vida, la responsabilidad sería de Hilo.

Confiaba en el señor Une, pero la gente es como es: se alía con el poderoso. El Dos Fortunas podía ser en aquel momento un establecimiento Sin Cumbre, pero si ocurría lo peor y el propietario se veía obligado a mudar lealtades para mantener el negocio familiar y la cabeza sobre los hombros, Hilo no se hacía ilusiones sobre qué decisión tomaría. Al fin y al cabo, los linternas eran civiles sin jade; formaban parte del clan y eran imprescindibles para su funcionamiento, pero no morirían por él. No eran huesos verdes.

Hilo se detuvo y señaló la celosía destrozada.

—Mándame la factura; yo pagaré la reparación.

El señor Une parpadeó, unió las manos y se las llevó varias veces a la frente en señal de respeto agradecido.

—Sois generoso en extremo, Kaul-jen. No es necesario...

—No seas tonto —dijo Hilo. Lo miró de frente—. Dime, amigo mío: ¿Has tenido últimamente algún otro problema por aquí?

Los ojos del propietario del restaurante miraron con sobresalto alrededor antes de detenerse con nerviosismo en el rostro de Hilo.

—¿Qué clase de problema, Kaul-jen?

—Huesos verdes de otros clanes. Esa clase de problema.

El señor Une vaciló, se llevó a Hilo a un aparte y bajó la voz.

—Aquí en las Dársenas, no; todavía no. Pero un amigo de mi sobrino que trabaja de camarero en el Danzarina, en el distrito del Sobaco, dice que todas las noches van hombres del clan Montaña, se sientan donde les da la gana y esperan que les sirvan copas gratis. Dicen que forma parte de los tributos debidos y que el Sobaco es territorio de Montaña. —El señor Une retrocedió un paso, asustado por la expresión de Hilo—. Quizá solo sean habladurías, pero me ha preguntado...

Hilo le dio unas palmadas en el brazo.

—Las habladurías nunca son solo habladurías. Si te enteras de algo más, avísanos, ¿de acuerdo? Llámanos si es necesario.

—Por supuesto. Por supuesto, Kaul-jen —dijo el señor Une, llevándose de nuevo las manos a la frente.

Hilo le dio una última palmada en el hombro y salió del restaurante.

En la calle, Hilo se detuvo y se sacó un paquete de tabaco del bolsillo. Eran cigarrillos espenios caros; le encantaban. Se llevó uno a los labios y miró alrededor.

—¿Qué tal allí? —propuso.

Los hermanos Maik tiraron de los muchachos, alejándose del Dos Fortunas y los empujaron por la pendiente de guijarros que llegaba hasta la orilla, fuera de la vista de la calzada. El rechoncho abukei gritó y se resistió todo el camino; el otro avanzaba mustia-

mente, en silencio. Los Maik los tiraron al suelo y empezaron a apalzarlos. Golpes pesados y cadenciosos en el torso, machacando las costillas, el abdomen, la espalda. Puñetazos en la cara hasta que las facciones de los muchachos se hincharon hasta quedar irreconocibles. Ningún golpe en los órganos vitales, el cuello ni la nuca. Kehn y Tar eran buenos puños: no eran descuidados ni se dejaban llevar por la sed de sangre.

Hilo fumaba un cigarrillo y observaba.

La noche había caído por completo, pero no estaban a oscuras. Las luces de la calle se extendían a lo largo de toda la costa, y los faros de los coches que pasaban bañaban la calzada con ráfagas blancas. Mar adentro se desplazaban lentamente las luces de los barcos mercantes, convertidas en borrones difusos por la bruma y la contaminación de la ciudad. El aire era cálido y estaba cargado de vapor, del aroma dulzón de la fruta madura y del hedor del sudor de novecientos mil habitantes.

Hilo tenía veintisiete años, pero hasta él recordaba una época en que coches y televisores eran una novedad en Yanlún. Ahora estaban por todas partes, acompañados de gente nueva, fábricas nuevas y puestos callejeros de comida con influencias extranjeras, como albóndigas de tempura y requesón picante. La metrópoli se tensaba por las costuras y daba la sensación de que todo el mundo, incluidos los huesos verdes, se tensaban con ella. Hilo tenía la impresión subyacente de que todo iba peligrosamente deprisa todo el tiempo, justo al borde de quedar fuera de control, perturbando el orden natural de las cosas. ¿Adónde iba a parar el mundo cuando un par de mocosos del puerto, torpes y sin entrenamiento, podían plantearse robarle el jade a un huesos verdes... y habían estado a punto de conseguirlo?

Lo cierto era que a Shon Judonrhu le habría estado bien empleado perder el jade. Hilo se podría haber quedado las tres joyas, a modo de castigo justificado a la ineptitud de Shon. Desde luego, se había sentido tentado por la energía que irradiaron, como calor líquido por sus venas, cuando las sostuvo en la mano.

Pero no habría sido honorable quitarle unas pocas joyas a un viejo apaleado. Aquello era lo que no entendían los ladrones: el

jade, por sí solo, no convertía a nadie en un huesos verdes. Eran la sangre, el entrenamiento y el clan los que creaban a un guerrero de jade; así había sido siempre. Hilo tenía que estar en todo momento a la altura de su reputación personal y de la del clan. Shon Judonrhu era un borracho, un viejo idiota y una parodia del huesos verdes que había sido, pero seguía siendo un dedo del clan Sin Cumbre, por lo que cualquier ultraje que sufriera era asunto de Hilo.

Tiró el cigarrillo y aplastó la colilla.

—Ya basta —dijo.

Kehn se detuvo de inmediato. Tar, que siempre había sido el más entusiasta de los dos hermanos, dio una última patada a cada ladrón antes de parar. Hilo observó con atención a los muchachos. El que llevaba uniforme de camarero tenía el aspecto de los isleños kekoneses: esbelto, brazos largos, pelo y ojos oscuros. Yacía como si estuviera medio muerto, aunque era difícil decir si se debía a la paliza o a la resaca del jade. El abukei de cara redonda sollozaba quedamente mientras desgranaba una letanía de ruegos.

—No fue idea mía, de verdad, yo no quería, por favor, soltadme, por favor, prometo que no...

Hilo consideró la posibilidad de que los muchachos no fueran los imbéciles que aparentaban, sino espías o delincuentes a sueldo que trabajasen para Montaña o para alguno de los clanes menores. Decidió que era muy poco probable. Se agachó y apartó el pelo de la cara del abukei, lo que hizo que este reculase aterrorizado. Hilo meneó la cabeza y suspiró.

—¿En qué estabas pensando?

—Me prometió que ganaríamos mucho dinero —sollozó el muchacho; sonaba indignado—. Dijo que el viejo estaría tan borracho que ni se daría cuenta. Dijo que conocía a un perista de fiar, un tipo que paga un buen precio por el jade tallado y no hace preguntas.

—¿Y te lo creíste? Nadie que esté tan loco como para robar el jade a un huesos verdes tiene intención de venderlo. —Hilo se puso en pie. No había nada que hacer con el kekonés. Los jóvenes resentidos eran propensos a sufrir la fiebre del jade; lo había visto

muchas veces. Pobres e ingenuos, llenos de energía indómita y de ambición, el jade los atraía como la miel a las moscas. Tenían una imagen romántica de los legendarios huesos verdes, mitad héroes y mitad bandidos, cuyas hazañas llenaban los cómics y las películas. Se fijaban en que la gente decía «jen» con respeto y un ligero temor, y era algo que querían para sí. Ni se paraban a considerar que sin los años de estricto entrenamiento en artes marciales serían incapaces de controlar los poderes que otorgaba el jade. Ardían, enloquecían y se destruían a sí mismos y a otros.

No; no tenía remedio.

El abukei, por otra parte, no era más que un estúpido. Lo que podía ser letal, quizá. Se podía perdonar a alguien como él por jugársela sumergiéndose en el río, pero no se le podía perdonar una grave ofensa al clan.

Como si leyera los pensamientos de Hilo, el muchacho aceleró el torrente verbal:

—Por favor, Kaul-jen, fui un idiota; sé que fui un idiota. Jamás volveré a hacerlo, lo juro. Solo he cogido jade del río. Si no hubiera sido por el nuevo tallista que quitó de en medio a Gee, ni siquiera se me habría ocurrido hacer nada más. He aprendido la lección, lo juro por la tumba de mi abuela. No volveré a tocar el jade, lo prometo...

—¿Qué has dicho? —Hilo se agachó de nuevo y se inclinó hacia él, entrecerrando los ojos. El muchacho alzó la vista, confuso y temeroso.

—Yo... Qué he...

—El nuevo tallista —dijo Hilo.

El muchacho se plegó ante aquella mirada penetrante.

—Antes vendía cualquier cosa que encontrara en el río a Gee Tres Dedos. Pagaba en efectivo y en el acto por el jade en bruto. No mucho, pero estaba bien. Gee era el tallista de este barrio, y casi todos le llevábamos...

—Sé quién es —dijo Hilo con impaciencia—. ¿Qué le ha pasado?

En los ojos del muchacho apareció lentamente un brillo de esperanza, cuando se dio cuenta de que tenía información que el cuerno del clan Sin Cumbre desconocía.

—Está muerto. El mes pasado llegó el nuevo tallista; dijo que compraría todo el jade que le pudiéramos llevar, en bruto o tallado, sin hacer preguntas. A Gee Tres Dedos le propuso unir fuerzas, pero Gee no veía por qué tenía que repartir el negocio con un recién llegado. Así que el otro lo mató. —Se limpió con la manga los mocos y la sangre de la nariz—. Dicen que lo estranguló con un cable de teléfono, le cortó los demás dedos y se los envió a los otros tallistas de la ciudad a modo de advertencia. Ahora, todo lo que encontramos en el río se lo llevamos a él, y solo paga la mitad que Gee. Por eso intenté dejar el río...

—¿Has visto a ese hombre? —preguntó Hilo.

El muchacho vaciló; intentaba adivinar qué respuesta lo salvaría y cuál haría que lo matasen.

—S... Sí. Una vez.

Hilo miró de reojo a los hermanos Maik. El abukei había resuelto un enigma irritante, pero había planteado otro. Gee Tres Dedos podía ser un tallista del mercado negro, pero sabían quién era: alguien conocido, el perro callejero que se colaba en el patio de Hilo y robaba de los cubos de basura pero no causaba problemas por los que mereciera la pena matarlo. Mientras se limitara a comprar jade en bruto a los abukei, el clan lo dejaba tranquilo con sus trapicheos a cambio de algún chivatazo de vez en cuando sobre otros peces más gordos. ¿Quién lo habría matado, desafiado la autoridad del clan Sin Cumbre?

Se volvió hacia el muchacho.

—¿Puedes describirnos a ese... tallista nuevo?

De nuevo el titubeo.

—Sí... Creo que sí.

Cuando el muchacho acabó de tartamudear la descripción, Hilo se puso en pie.

—Trae el coche —le dijo a Kehn—. Vamos a llevar a estos chicos a ver al pedestal.